

# Lo que sea de cada quien Lemercier en Ahuacatitlán

Vicente Leñero

Cuando escribí una obra de teatro sobre el conflicto entre El Vaticano y el monasterio benedictino de Cuernavaca —porque el prior Gregorio Lemercier osó imponer a los monjes un tratamiento psicoanalítico— fue el propio Lemercier quien se opuso a que la obra se montara. No estaba de acuerdo con mi versión de los hechos, luego de que él y la mayoría de sus monjes habían renunciado a la vida religiosa y fundado, cerca de ahí, una comunidad laica destinada al fracaso.

Lemercier se mostraba necio, enojado conmigo, pero la intervención de don Sergio, Méndez Arceo el obispo de Cuernavaca —quien tanto lo apoyó durante el conflicto— lo hizo deponer su intento de censura. Mi obra se estrenó finalmente en el teatro Xola, en 1968, durante los eventos de la Olimpiada Cultural.

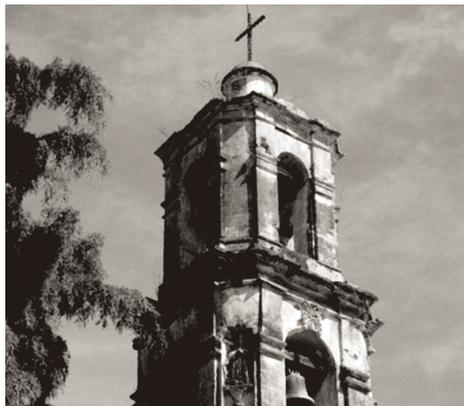
Trece, catorce años después, Estela y yo fuimos a pasear por Santa María Ahuacatitlán, el pueblo donde palpitaba aquel monasterio ahora desolado, vacío. Nos atraía el rumbo por su vecindad con Cuernavaca y por su ambiente rústico y tranquilo. Buscábamos una casa en alquiler para vacacionar los fines de semana.

Y ahí estaba de repente la casa, ¡oh milagro!, a no más de cien metros del vetusto monasterio próximo a su ruina. La descubrió Estela. Era una casa pequeña pero gratísima, con un jardín agreste, según se alcanzaba a distinguir desde la barda chaparrona tras la que mironeábamos. No tenía cortinas pero sí muebles. Parecía deshabitada.

Una voz se escuchó detrás:

—¿Les gusta la casa?

Giramos instintivamente. Un hombre canoso, con pantalones de pana café y camisa blanca, se hallaba enfrente. Era Lemercier. Era Gregorio Lemercier que ahora



Ahuacatitlán, Morelos

se hacía llamar José, su nombre de pila. Se había casado con una pianista: Graciela Rumayor. No parecía guardar rencor alguno por el remoto episodio de mi obra teatral; al contrario, nos sonreía afable, gentil.

—La casa es de una amiga de Graciela que vive en Houston —respondió Lemercier a las primeras preguntas de Estela—. Pero yo se las alquilo por el tiempo que quieran y por lo que puedan pagar.

Nos instalamos casi de inmediato. Llevamos los enseres y los chunches necesarios y disfrutamos de la casa durante más de un año.

Muy de vez en cuando, porque no planeamos nuestro retiro en Cuernavaca para socializar, visitábamos a Lemercier y a Graciela. Estela estableció una relación muy cordial con ella, y en su pequeño estudio Lemercier me mostró, una tarde, los prolijos archivos encarpetados en los que constaba la historia del monasterio y el complicado juicio de El Vaticano.

—Aquí está toda la historia —dijo Lemercier—. Puedes consultar esos archivos para escribir una historia auténtica. ¿Te interesa?

La propuesta era clarísima: Lemercier me proponía escribir su biografía. No acu-

sé recibo de la invitación, por supuesto, y él no volvió a insistir.

Un domingo, los Lemercier nos invitaron a comer en su bella residencia vecina. Acababa de llegar de Houston la amiga de Graciela, Carolina, dueña de la casita que habitábamos: quería conocernos. La mujer resultó muy simpática, se encantó con Estela. No accedió a vendernos su propiedad pero reiteró la promesa de Lemercier de que la ocupáramos por el tiempo que deseáramos.

Nuestra felicidad duró pocos días. Una mañana, Lemercier telefoneó a Estela a México para decirle, con hosquedad y en tono perentorio, que debíamos desocupar de inmediato la casa de Ahuacatitlán.

—¿Pero por qué? La amiga de Graciela...

—Ustedes usan la casa sólo los fines de semana. Tengo una persona que la necesita para vivir todo el tiempo.

Imposible doblegar la arbitrariedad de Lemercier. Disgustados, heridos, furiosos, fuimos el sábado siguiente a Ahuacatitlán, y en la camioneta de un sobrino consumamos el desalojo.

Lemercier se apersonó por ahí, cínico, durante la mudanza: lo llenamos de reclamos e improperios.

—Ustedes son un par de neuróticos —alzó la voz Lemercier al escuchar nuestra ardida protesta.

—Pues si nosotros somos neuróticos —le gritamos—, ¡tú eres un psicótico!

Lemercier se dio la vuelta. Había aprendido bien el gesto mexicano de mentar la madre con el brazo en ángulo y lo remarcó con un exabrupto:

—¡Váyanse mucho a la chingada!

Preferimos regresar a México. Nunca más volvimos a encontrarnos con él. **U**